



## Clínica, crítica y política en la publicación *Lo Grupal* (1983-1993): aportes de Percia, Herrera y Szyniak

Clinic, criticism and politics in the publication of *Lo Grupal* (1983-1993): contributions by Percia, Herrera and Szyniak

Gabriela Victoria Cardaci  
Universidad de Buenos Aires  
Argentina

### Resumen

El artículo presenta un análisis histórico-crítico de la publicación *Lo Grupal*, editada en diez volúmenes entre 1983 y 1993 en la Argentina. Se trata de un proyecto colectivo de investigación y escritura que tomó aliciente, en los primeros años de post-dictadura, en el rescate de un horizonte de antecedentes del campo político intelectual de los años 60 y comienzos de los 70. Uno de los ejes principales de la intervención de *Lo Grupal* fue la recuperación, en la coyuntura sociopolítica argentina de reapertura democrática luego de la última dictadura militar (1976-1983), de una reflexión privilegiada del campo intelectual de las dos décadas previas: la relación entre la práctica profesional, la dimensión intelectual y la política. En ese marco, el artículo se centra en el análisis de las características principales que adquirió en *Lo Grupal* la revisión de ese tópico.

**Palabras clave:** *lo grupal*; subjetividad; poder; psicoanálisis; política

### Abstract

The article presents a historical critical analysis of the publication *Lo Grupal* launched in ten volumes in Argentina between 1983 and 1993. It is a group project of research and writing, which gathered momentum during the years immediately following the military dictatorship in the rescuing of the political intellectual background of the sixties and early seventies. One of the main topics of the critical intervention of *Lo Grupal* was the retrieval within the Argentine socio-political circumstance of democratic reopening following the period of military dictatorship (1976-1983), of a privileged reflection on the intellectual field during the previous two decades: the relationship between professional practice, the intellectual scale and politics. Within this framework, the article focuses on the analysis of the main characteristics that *Lo Grupal* acquired in the revision of such topic.

**Keywords:** *lo grupal*; subjectivity; power; psychoanalysis; politics

### Introducción

Un hombre solo siempre fracasa, decía Maggi, dijo Tardewski. Lo único que interesa, decía, es preguntar para qué sirve o al servicio de qué está ese fracaso individual. Claro que usted no puede entender una pregunta planteada en términos de utilidad histórica, decía.

No hay lucidez ahí, decía el profesor; no hay otra manera de ser lúcido que pensar desde la historia...

...¿Cómo podríamos soportar el presente, el horror del presente, me dijo la última noche el profesor, si no supiéramos que se trata de un presente histórico? (Piglia, 1980, p. 188).



El artículo presenta un análisis histórico-crítico de la publicación *Lo Grupal*, editada en diez volúmenes entre 1983 y 1993 en la Argentina. Se trata de un proyecto colectivo de investigación y escritura que tomó aliento, en los primeros años de post-dictadura, en el rescate de un horizonte de antecedentes del campo político intelectual de los años 60 y comienzos de los 70.<sup>1</sup>

El proyecto de la publicación, conformado a partir de la iniciativa de Eduardo Pavlovsky en su vuelta del exilio<sup>2</sup>, se sostuvo con la elaboración, compilación y dirección de Pavlovsky y Juan Carlos De Brasi. Entre los autores de mayor participación en estos volúmenes se encuentran también Hernán Kesselman, Gregorio Baremlitt, Armando Bauleo, Marcelo Percia, Osvaldo Saidón, Ana María Fernández y Ana María del Cueto. Con participaciones más esporádicas se incluyen artículos de Marie Langer, René Lourau, Angel Fiasché, David Szyniak, Luis Herrera y Alejandro Scherzer entre otros.

Conviene situar algunas coordenadas de los comienzos, en los años 50, de una “tradición grupalista” en la Argentina. Esta tradición formó parte, en términos generales, del proceso de modernización cultural que en esos años conectaba psicoanálisis, psiquiatría social y psicología con el marxismo y las ciencias sociales; se vinculó, en particular, con las derivaciones del movimiento internacional de salud mental en el ámbito argentino, con los inicios de la psicología como disciplina académica y profesional, con la expansión del psicoanálisis desde las instituciones oficiales hacia sectores amplios de la cultura.

En la coyuntura de los 80 posteriores a la dictadura, el proyecto nucleado alrededor de *Lo Grupal* retoma los antecedentes más significativos de esa tradición. Principalmente el horizonte de una psicología social transformadora abierto por las enseñanzas de Enrique Pichon-Rivière, el proyecto de renovación de la psicología encarado por José Bleger, que había sido maestro en los años 60, de algunos autores de esta publicación como Hernán Kesselman y Armando Bauleo y los movimientos de ruptura con la Asociación Psicoanalítica

<sup>1</sup> Una versión preliminar de este trabajo fue presentado en el XV Encuentro Argentino de Historia de la Psicología, la Psiquiatría y el Psicoanálisis, 24 y 25 de Octubre de 2014, La Plata, Argentina.

<sup>2</sup> El período dictatorial, autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983), que se abre con el golpe de Estado de 1976 por parte de las Fuerzas Armadas y con el apoyo de sectores civiles – políticos, empresariales, eclesiásticos y de medios de comunicación -, ha sido caracterizado como el más cruel y violento de la historia argentina del siglo XX. La dictadura cívico-militar implicó la eliminación del estado de derecho, la instalación del terrorismo de estado que llevó a cabo un plan sistemático de desaparición de personas y el comienzo de un proceso de reconversión económica, social y cultural (AA.VV, 2005). Respecto de la dimensión cultural, Oscar Terán (2008) ha señalado que la cultura en general, y la intelectual en particular – considerada como sustento de la “subversión” -, estuvo entre los objetivos principales del régimen dictatorial (pp. 299-300). En ese marco hay que situar que los directores de la publicación *Lo Grupal* y varios de los colaboradores más significativos, como muchos otros intelectuales y artistas, vivieron esos años en el exilio político. Juan Carlos De Brasi se exilió en México. Eduardo Pavlovsky y Hernán Kesselman estuvieron exiliados en España. Armando Bauleo y Marie Langer se exiliaron en México en el año 1974. Bauleo volvió a la Argentina en marzo de 1976 y a los seis meses viajó nuevamente a México y posteriormente a Europa; estuvo primero en Madrid y luego en Italia. Gregorio Baremlitt y Osvaldo Saidón se exiliaron en Brasil.



Argentina (APA) de comienzos de los años 70, Documento y Plataforma. La iniciativa de *Lo Grupal* se sitúa entonces en continuidad con lo que esas experiencias habían autorizado y habilitado para las posteriores generaciones de psicólogos: las derivaciones del psicoanálisis argentino hacia los ámbitos públicos, una renovación del rol social del psicólogo en sus proyecciones hacia prácticas sociales orientadas a la comunidad, una disposición hacia apropiaciones del psicoanálisis en diálogo con el marxismo, la filosofía y otras ciencias sociales. Hay que destacar que Eduardo Pavlovsky y Juan Carlos De Brasi, compiladores de la colección, y algunos de sus colaboradores más significativos como Baremlitt, Bauleo y Kesselman habían formado parte de aquellos movimientos de crítica que derivaron en la ruptura con la institución “oficial” del psicoanálisis y se encuentran entre los autores de los dos volúmenes compilados por Marie Langer y Bauleo (1971, 1973) con el nombre de *Cuestionamos*.<sup>3</sup> Esas rupturas, protagonizadas por psicoanalistas, psicólogos, psiquiatras y psicodramatistas, se caracterizaron por el cuestionamiento a un estilo de formación verticalista, a un modelo institucional totalitario y elitista, por la denuncia frente a una institución que se arrogaba la propiedad del psicoanálisis. Contribuyeron, de ese modo, a un fenómeno de expansión del psicoanálisis que irrumpía – en sintonía con los objetivos de transformación social – en el ámbito público renovado en sus temas y urgencias. La práctica del psicoanálisis aparecía como posible *acción transformadora* de acuerdo a esos objetivos y la figura misma del psicoanalista se fundía con la del intelectual insertado en el ámbito cultural y político.

La relación que se establece con esos antecedentes en las producciones de *Lo Grupal* constituye, como se verá más adelante, uno de los aspectos más fecundos para un análisis crítico de sus aportes. Por un lado salta a la vista, desde el prólogo del primer volumen, que la significación de esas experiencias de rupturas, desvíos y disidencias de los psicoanalistas de izquierda es exaltada – sobre todo en una dimensión de filiación y en la recuperación de los tópicos más generales –. Pero lo más destacable es que ese rescate, efectuado en la coyuntura socio-política y disciplinar de los 80, fomenta al mismo tiempo una serie de revisiones y desplazamientos que señalan ciertos límites en aquellos planteos e inspira un despliegue de formulaciones renovadas por otros problemas y por nuevas recepciones.

En el prólogo que inaugura *Lo Grupal 1*, Pavlovsky (1983b) inscribe la iniciativa de la publicación en continuidad con aquel psicoanálisis comprometido con el movimiento social de transformación de los 60 y comienzos de los 70. Una continuidad herida, evidentemente, por lo acontecido en los años de la dictadura y por el exilio. Pavlovsky expresa allí el deseo de reanudar el diálogo con los jóvenes, la voluntad de retomar en la Argentina una reflexión desde una posición que, desde el psicoanálisis, y una vez planteado que lo que llamamos

---

<sup>3</sup> Entre los autores que participaron de los volúmenes *Cuestionamos* se encuentran también Fernando Ulloa, Emiliano Galende, Juan Carlos Volnovich, Santiago Dubcovsky, Julio Marotta, Diego Garía Reinoso, Gilberta Royer de García Reinoso.



*inconsciente* se trama en lo social-histórico, se interrogue por su relación con la problemática del poder (Pavlovsky, 1983b, pp. 6-9).

El movimiento de pensamiento que dio lugar al proyecto colectivo de *Lo Grupal* (1983-1993) aportó al campo del psicoanálisis en la Argentina una intervención crítica en relación con el estudio de la problemática de la subjetividad y su relación con la cuestión grupal, tanto en el plano conceptual como en el de los modos de pensar las prácticas. Una proposición que condensa bien la originalidad de sus aportes se encuentra en el giro enunciado por Juan Carlos De Brasi (1986) en el prólogo de *Lo Grupal 3* desde el estudio de los grupos y sus conceptualizaciones históricas típicas hacia el abordaje de *lo grupal* y de las condiciones histórico-sociales de producción de subjetividad.

Uno de los ejes principales de la intervención crítica de *Lo Grupal* fue la recuperación y renovación, en la coyuntura sociopolítica argentina de reapertura democrática luego de la última dictadura (1976-1983), de una reflexión privilegiada del campo intelectual de las dos décadas previas: la relación entre la práctica profesional (principalmente las prácticas en situaciones colectivas), la dimensión intelectual y la política. Más precisamente, esta corriente recuperaba, en el nuevo escenario, el tópico central de las producciones y debates que en aquellos años habían abordado la relación entre psicoanálisis y marxismo: la relación de la práctica del psicoanálisis con el problema del poder y la ideología. En ese marco, el artículo se centra en el análisis de las características principales que adquirió en *Lo Grupal* (Percia, Herrera y Szyniak, 1986; Percia y Herrera, 1987; Percia, 1989, 1991) la revisión de ese tópico. Si bien los artículos considerados aquí no agotan el tratamiento que se realizó en *Lo Grupal* al respecto ni sus autores fueron los únicos en abordarlo; sí puede afirmarse que poseen, en el conjunto de trabajos, un interés particular. Esta particularidad se vincula, como se explicita más adelante, al tipo de operación de lectura que desplegaron esos trabajos desde una cierta posición de sus autores en el campo intelectual argentino de aquellos años.

El análisis propuesto parte de considerar a la historia de la psicología y del psicoanálisis como un campo de investigación que forma parte de un campo más amplio de las historias disciplinares. La psicología se presenta, desde esta perspectiva, como un objeto complejo que está conformado por diversas disciplinas de conocimiento e investigación, por un conjunto de prácticas y usos de los saberes que a su vez impactan en su constitución, por una organización profesional, y por discursos que poseen una implantación amplia en la cultura (Vezzetti, 2007). El método utilizado se basa en criterios y enfoques que han permitido indagar la producción histórica del conocimiento psicológico interrogando los aspectos sociales y culturales de esa producción (Danziger, 2007; Rose, 2004). En particular, el enfoque de "historia intelectual" de la psicología elaborado por Hugo Vezzetti (1996, 2007) a partir de distintas perspectivas historiográficas (Foucault, Canguilhem, Bourdieu, Caparrós) aportó una herramienta metodológica de relevancia. Este modo de investigación, que no conforma un modelo homogéneo sino que habilita límites difusos entre la historia de los conceptos y



las teorías, la historia institucional de grupos y campos o la historia cultural, social y política busca “explorar una *trama* de procesos y acontecimientos, múltiples, heterogéneos, siempre parciales” (Vezzetti, 2007, p. 12); su orientación está dada por la interrogación sobre los modos en que el pasado actúa sobre el presente (p. 13). La categoría de “recepción” de ese enfoque, que supone interrogar la relación entre la constitución de los objetos y de los conceptos de la psicología (y del psicoanálisis) y las formas de recepción cultural, fue de utilidad para reconstruir las operaciones de lectura que prevalecieron en *Lo Grupal*. Atender los problemas de la recepción implica analizar los usos de una obra a partir de una idea central: “la lectura no es la incorporación pasiva del texto sino que siempre supone una apropiación que lo transforma” (p. 14). Así, esta categoría permitió reconstruir una trama compleja de lecturas que configuraron, en *Lo Grupal*, una revisión de la concepción de lo político en relación con el campo de la clínica y destacar, en esa trama, dos aspectos centrales e interconectados: la recuperación de referencias del psicoanálisis argentino vinculado a las izquierdas de las décadas previas y la recepción de un conjunto de obras y conceptos del ámbito francés.

### **Lo socio-histórico en tres tipos de discursos: apolíticos, formalistas y críticos de lo social**

En un texto de 1986, *Clínica y política: un lugar para la ética en salud mental*, incluido en el tercer número de *Lo Grupal*, Percia, Szyniak y Herrera interrogaron la relación entre la clínica y la cuestión política a partir de ubicar el lugar de lo socio-histórico en tres tipos de “discursos” que reconocían en el campo *psi* en esos años: discursos “apolíticos”, discursos “formalistas” y discursos “críticos de lo social”. Situaron con la denominación de discursos apolíticos a las posturas (tanto de enfoques psicoterapéuticos como de perspectivas del psicoanálisis) que no se interrogan sobre el papel de lo social en las prácticas en salud mental. Estas concepciones, que naturalizan lo socio-histórico, trabajan desde el supuesto – explícito o no – de que las enfermedades mentales son afecciones individuales o disfunciones familiares. Lo social, si se lo considera, se reduce a la red de lazos afectivos que rodean a la persona que acude a tratamiento. Los autores objetaron en estas posturas la reducción de lo social a una pequeña red de lazos afectivos interpersonales. Argumentaron que la tendencia a no interrogar la relación entre las condiciones del mundo social y los padecimientos (personales, grupales, familiares) conlleva que los abordajes clínicos cumplan la función de “instrumentos normativos del sistema social vigente” (Percia, Herrera & Szyniak, 1986, p. 59). La función terapéutica sólo puede orientarse hacia la adaptación o integración del individuo al medio – incluso si ese medio se reconoce “social” –. Las orientaciones basadas en la “promoción de cambios”, combinadas con una concepción del mundo social como algo dado, sólo pueden tener como parámetros los criterios de normalidad y de adaptación del sistema social vigente: adquirir nuevas respuestas, modificar actitudes, disminuir tensiones y



angustias, conseguir mayor felicidad y mejor rendimiento en las actividades sociales. Apuntaban así a visibilizar y cuestionar una determinada actitud técnico-profesional que desconoce “la capacidad productora de ideología que toda práctica conlleva, de la cual no escapan las mencionadas [las prácticas clínicas] y las consecuencias de control, adaptación y entrenamiento en un determinado modelo de éxito individual en las que pueden concluir” (p. 60).

### **Teoricismo y formalismo: lecturas de *El psicoanálisis***

Las observaciones que estos autores realizaron alrededor de lo que llamaron “discursos formalistas” se dirigían hacia la tendencia de “orientación lacaniana” que cobraba cierta hegemonía y masividad en los años 80 postdictatoriales en la Argentina. El perfil del psicólogo profesional formado en la universidad pública que encuentra en esta orientación no sólo un marco teórico privilegiado sino más bien una identidad, se corresponde con esa tendencia.<sup>4</sup> Desde su perspectiva, si bien había que reconocer en las ideas de Lacan su contribución a la crítica a las concepciones adaptativas y normativas (especialmente de la escuela inglesa y norteamericana), también era necesario señalar un riesgo en los usos más extendidos de esas ideas: el de desvincular el deseo de sus relaciones con el mundo social. Si bien se advierte aquí la referencia a *El Antiedipo* de Deleuze y Guattari (1995), cuyas ideas tuvieron amplia circulación en el marco de producción de *Lo Grupal*; son las referencias a *El psicoanálisis* de Castel (1980) las que aparecen mayormente desplegadas en relación con esa tendencia “formalista”.<sup>5</sup> Los autores dirigen hacia ella las críticas más generales de Castel al psicoanálisis: el problema de “el desconocimiento de la problemática sociopolítica” o la “extraterritorialidad social del psicoanálisis”, el riesgo de un inconsciente con valor de sustancia “ahistórica, asocial y apolítica”, la problemática separación entre lo “real analítico” y lo “extraanalítico” (Castel 1980, p. 111). Esto es particularmente interesante para reconocer el tipo de operación de lectura y apropiación que se realizó en *Lo Grupal* de la obra de Castel.

---

<sup>4</sup> Esta tendencia encontró difusión principalmente a través de las cátedras clínicas de las universidades públicas (fundamentalmente de Buenos Aires, Rosario y la Plata) y en espacios de formación privada vinculados a ellas (Dagfal, 2013). El autor destaca un rasgo particular que adquiriría esa “filiación lacaniana” tan extendida a partir del 83. Mientras que las primeras lecturas de Lacan en la Argentina, en los años 60, tuvieron lugar en el marco de la recepción del estructuralismo y formaron parte de un clima de ideas caracterizado por la interrogación por el lugar de la política en la práctica intelectual y se combinaron con referencias a la fenomenología, el existencialismo y el marxismo; en los 80 democráticos las lecturas más extendidas de Lacan se caracterizaron por el alejamiento de las referencias al marxismo. Siguiendo las observaciones de Dagfal (2013) puede suponerse que el rasgo que adquirieron esas lecturas se acopló bien a la forma más extendida que había tomado el rol profesional durante los años de la dictadura: “el psicólogo como profesional liberal, que atiende pacientes de manera individual, en detrimento de otro tipo de experiencias que sólo habían sido posibles en contextos más propicios” (p. 12).

<sup>5</sup> *El psicoanálisis, el orden psicoanalítico y el poder*, de Robert Castel se publica en Francia en 1973. La primera edición en castellano, de Siglo XXI es de 1980.



Para Castel (1980), el desconocimiento de la problemática sociopolítica por el psicoanálisis: lo que llama “*el inconsciente social del psicoanálisis*”, “lo ignorado *social* que opera dentro de él” (p. 75, subrayado en el original) es condición constitutiva de su conformación. El sociólogo francés busca en esa obra postular “las condiciones del psicoanálisis en su *verdad*, es decir, como conjunto teórico-práctico definido en y por la formación social actual” (p. 74, subrayado en el original). Por eso puede afirmar que reprochar al psicoanálisis su complicidad con las estructuras político-sociales de poder sería lo mismo que hacer reproches a una piedra porque cae (p. 75).<sup>6</sup>

Los autores de *Lo Grupal* realizan una apropiación muy particular de estas ideas. No dejan de explicitar que se afirman en el psicoanálisis – más precisamente, como se verá, en cierta tradición del psicoanálisis argentino – y dirigen las críticas de Castel hacia la tendencia que llaman “formalista” que cobraba expansión en el ámbito argentino. En este sentido se trata de una lectura que incorpora los problemas planteados por Castel al campo del psicoanálisis para interrogar sus propias prácticas. Esto es evidente cuando afirman que “si el pensamiento freudiano logró introducir el deseo en la historia, no fue para promover el desprecio por la historia, lo político y lo social” (Percia, Herrera & Szyniak, 1986, p. 65). Para apreciar el lugar central de la lectura de Castel en *Lo Grupal* y al mismo tiempo advertir la especificidad de su apropiación, sirve recordar también el epígrafe con el que Eduardo Pavlovsky abre el primer volumen de la serie en 1983:

¿Se ha pensado bien en lo que significa el hecho de dejar en paz al *inconsciente como estructura específica*? Estoy de acuerdo en otorgarle en cuanto sea posible el carácter de *específico*, mientras no implique la *total extraterritorialidad social del psicoanálisis*, o sea, mientras no suponga el privilegio único y exorbitante que entrañaría la posición de una sustancia completamente ahistórica, asocial, apolítica. Es la definición misma de Dios: la soberana neutralidad, el árbitro, la *otra escena* como lugar ontológico

---

<sup>6</sup> Conviene situar a qué se refiere Castel (1980) con la noción de “psicoanalismo”. “El psicoanálisis no es el psicoanalismo. El psicoanálisis es la práctica y la teoría de los efectos del inconsciente que pone entre paréntesis la cuestión de sus finalidades socio-políticas: abstracción que, como veremos, es defendible dentro de ciertos límites bien precisos y muy estrechos. El psicoanalismo es el efecto-psicoanálisis inmediato producido por tal abstracción. Es la implicación sociopolítica directa del desconocimiento de lo político-social, desconocimiento que no es un simple *olvido* sino, como lo mostraremos abundantemente, un *proceso activo de invalidación*. Por consiguiente, la relación que hay entre el psicoanálisis y el psicoanalismo es mucho más estrecha que la que existe entre una teoría y sus aplicaciones, dado que el psicoanálisis no es una teoría como cualquier otra sino la práctica de la totalidad de sus efectos, o la producción de su propia práctica. De modo que produce el psicoanalismo tan directamente como un cuerpo expuesto a la luz produce una sombra (...) de lo que aquí se trata es principalmente del proceso de ideologización *producido por el psicoanálisis*” (pp. 8-9, subrayado en el original). La lógica del psicoanalismo se expresaría para el autor en la articulación de tres puntos: Primero, la crítica de la “recuperación”: el psicoanálisis no se distingue de sus usos, incluso de los más “extraviados” ya que la relación del psicoanálisis con sus usos no puede ser nunca de pura exterioridad. Segundo, la relación analítica tiene efectos sociales inmediatos y específicos “*que nunca son socialmente neutros*”. Y tercero, para el autor, la relación entre el primer punto y el segundo permitirían situar al psicoanálisis en un lugar privilegiado “entre las ideologías dominantes y las instituciones de control social”, es decir, comprender “la situación del psicoanálisis en la coyuntura de las relaciones de clase, y su aporte decisivo a las técnicas de psicologización y de privatización, principalmente en su interpretación médico-psiquiátrica” (p. 15, subrayado en el original).



donde no pasa la crítica, rechazada por la tajante espada de la ruptura epistemológica (Castel, 1980, p. 111, subrayado en el original).

Los párrafos del prólogo que siguen a ese epígrafe combinan referencias a la crítica de Castel con la afirmación de la continuidad del proyecto editorial de *Lo Grupal* con el movimiento de Plataforma Internacional, con las rupturas de Plataforma y Documento con la APA y con los volúmenes *Cuestionamos* de 1971 y 1973. Pavlovsky sostiene que se trata de la posibilidad de volver a escribir juntos (con Bauleo, De Brasi, Baremlitt y Saidón) “desde un psicoanálisis que cree, en última instancia, en la existencia de *un inconsciente social e histórico*” (Pavlovsky, 1983b, p. 8, el destacado es mío). Es particularmente interesante destacar la expresión “inconsciente social e histórico” para advertir cómo el uso que hace Pavlovsky de esta noción se desplaza del “inconsciente social del psicoanálisis” de Castel. En efecto, éste había planteado que no excluía del desconocimiento de la problemática sociopolítica ni siquiera a aquellos que “creen reconocer esa dimensión y aparentemente la enfatizan, dándole al psicoanálisis cierto sesgo político, de protesta, subversivo: esta pretensión es una de las mayores mistificaciones actuales. En cuanto tal, el psicoanálisis oculta *siempre* los problemas sociopolíticos” (p. 11, destacado en el original). Pavlovsky (1983a) vuelve a usar la expresión “inconsciente social” en *Lo fantasmático social y lo imaginario grupal*, incluido en ese primer volumen, para pensar vinculaciones entre lo individual y lo social, para plantear cómo lo social habla en un grupo. Es quizás una concepción de inconsciente que combina distintas referencias la que puede reconocerse en el uso que hace Pavlovsky de la idea de un “inconsciente social”. Con esa expresión el autor deja planteado centralmente que, lo que llamamos *inconsciente* desde Freud, se trama en el campo social histórico. Se advierte aquí la cercanía con los planteos de Castel; pero también la concepción de inconsciente de *El Antiedipo* de Deleuze y Guattari (1995). No menos significativas para Pavlovsky son las observaciones realizadas por Didier Anzieu en ocasión de los seminarios de dinámica de grupos que se realizaban simultáneamente a los acontecimientos del mayo francés, que el autor retoma explícitamente. Pavlovsky (1983a) se refiere a la relación que Anzieu establecía entre fenómenos que observaba en el seminario que coordinaba y los acontecimientos político-sociales de ese momento: el desarrollo del seminario reproducía aspectos del “inconsciente social en Francia”. Destaca que Anzieu reconocía en el seminario la identificación del equipo terapéutico con una fantasmática social particularmente cuestionada y combatida en los acontecimientos de mayo: la fantasmática de una organización jerárquica del saber y del poder (p. 41). Así, a partir de las ideas de inconsciente social, imaginario grupal y fantasmática social, Pavlovsky plantea, para la situación argentina, la pregunta por los efectos de los acontecimientos sociopolíticos del período dictatorial en el campo de la producción imaginaria de los grupos. Relata en ese marco que, durante las experiencias de coordinación de grupos terapéuticos realizadas con Bauleo en los años 1976 y 1977, era habitual la presencia del rol del sospechoso en el grupo. Ese lugar



condensaba el temor que despertaba un integrante silencioso de ser miembro de los servicios de inteligencia. De ese modo sugiere la relevancia de considerar, en la clínica grupal, la pregunta por los modos en que el grupo *es hablado* por argumentos del mundo social. Escribe:

El grupo es hablado por el argumento del drama del inconsciente social y su trama argumental. Cada integrante actúa un personaje principal de esa trama. Lo habla su inconsciente individual, pero al servicio de una trama argumental que alude o sugiere una fantasmática social. Inconsciente social que se introduce en la intimidad-interioridad del grupo (Pavlovsky, 1983a, pp. 44-45).

Ahora bien, como se podrá advertir en seguida a propósito de los “discursos críticos de lo social”, en el texto de Percia, Herrera y Szyniak (1986), los planteos de Castel no sólo orientaron las críticas hacia el formalismo, sino que también sirvieron de marco para destacar en determinados antecedentes – en particular en Pavlovsky y en Bauleo – los rasgos de una posición clínica que no desconoce la relación que su práctica tiene con el problema del poder (pp. 72-73). Estos autores llamaron entonces formalismo al efecto de autonomía que podía adquirir una supuesta verdad del sujeto – la de la estructura de su deseo – en relación con las condiciones histórico-sociales de producción de subjetividades. Con esta denominación señalaron la tendencia de algunos autores a “constituir el campo de sus prácticas al margen del deseo *atravesado* por las vicisitudes de las relaciones familiares, coyunturas políticas, conflictos sociales, historia” (p. 62, destacado en el original). Retomaron, en este sentido, uno de los aspectos quizás más interesantes de la crítica de Castel al psicoanálisis, que éste desarrolla al retomar la crítica de Didier Deleule (1972) a la psicología para extenderla al psicoanálisis. Se trata de la puntualización que afirma que su reproche no se dirigía tanto a la complicidad del psicoanálisis con el poder, como a su pretensión de haberse librado del problema del poder, a su aparente autonomía e incluso a su autoafirmación en una lógica de subversión (Castel, 1980, p. 75). Para Castel, el principio epistemológico que sostiene Deleule es el mismo que él sostiene en su enfoque del psicoanálisis: el rechazo de la oposición entre teoría científica por un lado y diversas técnicas o aplicaciones por otro, que podrían mantener relaciones más o menos adecuadas respecto de un “saber neutro” (p. 110). La crítica de Deleule a la psicología muestra, según el autor, la pregunta (nunca formulada) que la atraviesa y sostiene su quehacer: “¿bajo qué condiciones la integración armoniosa del individuo al conjunto social es técnicamente controlable y teóricamente presentable, dando por supuesto que es políticamente necesaria (en el contexto del actual sistema, por cierto)?” (p. 110). Pero a diferencia de Deleule, que hace del psicoanálisis el fundamento de su crítica a la psicología a través de la ruptura que habría introducido el inconsciente freudiano (posición solidaria de la concepción althusseriana de la



“ruptura epistemológica”), Castel señala que esta pregunta no puede evitarse tampoco en el terreno del psicoanálisis.

Siguiendo este aspecto del planteo de Castel, Percia, Herrera y Szyniak (1986) sostienen que lo que cuestionan es el supuesto tranquilizador de que el psicoanálisis no trabaja desde una posición de poder, sino al contrario, contra la producción de figuras de poder (p. 63). Afirman en ese sentido que no alcanza con cuestionar un tipo de concepción de la cura basada en la adaptación o la “ayuda terapéutica”; ni alcanza estar advertido de que el analista no debería encarnar un lugar de poder al proponerse como modelo. Es necesario pensar la relación de un padecimiento con sus condiciones socio-históricas de producción. Para dimensionar la relevancia del planteo de los autores argentinos hay que destacar que apuntaba fundamentalmente a visibilizar los “riesgos” que esos discursos implicaban en la situación socio-política argentina y en la situación más amplia de los países latinoamericanos. Los autores advierten que esas actitudes de ceguera social y política contribuían a sostener e incluso a profundizar, ya en tiempos democráticos, un esquema implantado durante la dictadura: la escisión entre teorismo y acción clínica como “refugio” de amplios círculos profesionales frente al vaciamiento del sistema de salud.<sup>7</sup> Señalan como “riesgos” la idealización de un purismo teórico y el consecuente rechazo o descalificación anticipada de cualquier intento de invención en el trabajo psicoterapéutico, considerado como de rango inferior. Escriben:

Partimos del siguiente presupuesto: en circunstancias político-sociales como las que viven los países latinoamericanos, se tornan más insostenibles ideas tales como neutralidad, extraterritorialidad o investigación formal. Nuestras prácticas clínicas llevan impresas las marcas de *lo real social* como un siniestro lesionador de nuestra subjetividad. “Se trata de comprender — plantea con acierto Robert Castel — cómo lo imaginario en tanto imaginario, lo simbólico en tanto simbólico, son estructurados por otro ‘real’ distinto de aquel del deseo y la angustia.” La razón social no es una categoría neutra, y porque sufrimos formas extremas de violencia social no podemos poner entre paréntesis las formas objetivas que modelan nuestra vida cotidiana y señalan nuestras urgencias. Comprender lo real social atravesando lo real psíquico. El discurso del deseo atravesado por el discurso histórico. Dos de las fórmulas que resumen la intención que queremos sostener (Percia, Herrera & Szyniak, 1986, p. 63).

---

<sup>7</sup> Sobre los efectos del período dictatorial sobre el campo de las prácticas asistenciales, Carpintero y Vainer (2005) ubican, a partir del año 1974, el comienzo de un proceso de “desmantelamiento” del campo de la Salud Mental que se profundizó durante los años de la dictadura a través de la represión de planes reformistas y de sus principales actores. Además del secuestro, la detención y la desaparición de profesionales y trabajadores, los autores detallan las medidas llevadas a cabo durante esos años sobre el sistema de salud: la intervención en distintos organismos, allanamientos, cierre de servicios de salud mental, prohibición de determinadas prácticas (especialmente grupales), suspensión de diversas actividades de formación junto al retorno al uso de otras “técnicas” (como el electroshock en Centro de Salud Mental N°1 de la Ciudad de Buenos Aires), limitación de las tareas de los psicólogos (prohibiciones de realizar psicoterapia y en algunos casos reducción de sus actividades a la aplicación de test).



## Discursos críticos de lo social

La producción de un horizonte de “discursos críticos de lo social” se realiza a través de una relectura de ciertos antecedentes de la tradición del psicoanálisis argentino vinculada al pensamiento de las izquierdas de los años 60 y principios de los 70 (Pichon-Rivière, Bleger, Marie Langer y los grupos Plataforma y Documento); antecedentes entre los cuales subrayaron también planteos que otros autores significativos de *Lo Grupal* como Pavlovsky y Bauleo habían realizado en aquel contexto. Esa operación no se trató de una celebración autocomplaciente; se retoman ciertos actores, planteos y experiencias junto a las condiciones socio-políticas y culturales que las habían hecho posibles (Percia, Herrera y Szyniak, 1986, pp. 68-69): el clima de reformismo y modernización cultural de los años 60 había creado condiciones, en el campo de la salud mental, para el desarrollo de perspectivas que integraban discursos provenientes de la medicina social, la psicología, el psicoanálisis, la psiquiatría dinámica, el marxismo y las ciencias sociales. Los autores destacan, en esa trama teórico-clínica de gran productividad, la instalación de “lo grupal” en la escena clínica como “instrumento teórico-técnico ineludible” vinculado a la proliferación de experiencias asistenciales (p. 69).<sup>8</sup> Recuperan entonces los modos en que la dimensión socio-política se hacía presente en distintas perspectivas que componen esa tradición, para la cual – agregan – se justificaría hablar de una “escuela argentina” (p. 69).

En primer lugar, Enrique Pichon-Rivière es situado como referente principal de una crítica social puesta en acto en la labor clínica. Para ello retoman la forma en que Pichon había pensado la noción de conciencia crítica, su consideración del enfermo como portavoz de las tensiones de la familia y el grupo pensado como forma de democratizar el psicoanálisis. Destacan en la enseñanza de Pichon la elaboración de una noción de “conciencia crítica” vinculada a la idea de aprendizaje, de adaptación activa y de transformación social. Recuerdan lo que Pichon dijo a Vicente Zito Lema en sus conversaciones de 1975:

La conciencia crítica es una forma de vinculación con lo real, una forma de aprendizaje que implica la superación de ilusiones acerca de la propia situación como sujeto, como grupo, como pueblo. Lo que se logra es un proceso de transformación, en una praxis que modifica situaciones que necesitan de la ficción o la ilusión para ser toleradas (Zito Lema, 1976/1990, p. 86).

---

<sup>8</sup> Mencionan entre las experiencias más destacadas en ese marco: el equipo del Servicio de Psicopatología del Policlínico Gregorio Aráoz Alfaro (Lanús) bajo la dirección del Dr. Mauricio Goldemberg, los aportes de Hugo Rosarios en el Centro de Salud Mental N° 1 y de Pedro Hercovici en el Centro de Salud Mental N° 2, el trabajo de Raúl Camino en Colonia Federal (Entre Ríos), de Grimson en la comunidad terapéutica del Centro Piloto del Hospital Estévez (Lomas de Zamora) y de Alfredo Moffat en la Peña Carlos Gardel en el Hospital Borda.



Ubican, además, la presencia de una crítica social en el pensamiento de Pichon sobre la familia, principalmente su concepción de la relación entre enfermedad mental y grupo familiar: la idea de que la enfermedad mental puede ser funcional a la institución familiar. El enfermo como portavoz de las tensiones del grupo familiar implicaba una crítica social al revelar que el equilibrio familiar en ocasiones se sostiene al precio de la enfermedad de uno de sus miembros (Percia, Herrera y Szyniak, 1986, p. 66). En este sentido los autores retoman un aspecto central del interés de Pichon por la familia, y que él mismo expresó en la entrevista con Zito Lema (1976/1990): la familia no era un objetivo de la psicología social sino en tanto institución social y núcleo de la estructura social. Para Pichon, si se apuntaba a producir modificaciones en la familia era teniendo como horizonte la transformación social que ello podía conllevar (pp. 105-106). Por último, sostienen que la invención efectuada por Pichon del grupo como espacio democratizador del psicoanálisis y como artefacto de comunicación orientado a la transformación social inauguró nuevos campos de investigación en los cuales se reconocen: el de la clínica grupal y un modelo de aprendizaje en grupos (Percia, Herrera y Szyniak, 1986, p. 67).

En segundo lugar, como parte de esta tradición crítica argentina, destacan lo que consideran los rasgos principales del proyecto reformista de José Bleger: “su empeño de llevar la cuestión social al psicoanálisis” (Percia, Herrera y Szyniak, 1986, p 67). Y esto tanto en el plano teórico, por establecer enlaces entre el marxismo y el psicoanálisis como en una dimensión clínica, a través de la promoción de una crítica al psicoanálisis como práctica elitista. Para Bleger – sostienen los autores – el psicoanálisis era un procedimiento de investigación que permitía aplicar sus conocimientos a las necesidades sociales en las instituciones, los grupos, la comunidad. Hay que recordar en este sentido que su proyecto de “psicohigiene” incorporaba la idea de un “psicoanálisis aplicado”, concebido como una práctica abierta hacia la comunidad, desplazada del contrato privado y del objetivo restringido de la cura (Vezzetti, 2004).<sup>9</sup>

Por último ubican a los movimientos de ruptura con las instituciones psicoanalíticas oficiales de comienzos de los años 70 como la expresión más explícita de un discurso de crítica social en el ámbito de la Salud Mental. Destacan en las producciones de estos grupos, reunidas en los dos volúmenes *Cuestionamos* (Langer y Bauleo, 1971, 1973), la capacidad de reflejar una de las preocupaciones centrales de ese tiempo histórico: “instalar los discursos y prácticas psicoanalíticas en el espacio de las luchas sociales y políticas” y “la certidumbre de que las prácticas clínicas en salud mental debían ser significativas para la sociedad y para los sectores populares que demandaban urgente asistencia” (Percia, Herrera & Szyniak, 1986, p. 68). Ubican dos tipos de efectos en relación con esas experiencias y discursos. Por un lado

---

<sup>9</sup> Estos aspectos de las enseñanzas de Pichon Rivière y de Bleger fueron estudiados también por Hugo Vezzetti, en el marco de sus investigaciones sobre historia de la psicología y del psicoanálisis en los años 60 en la Argentina. Sobre la renovación que introduce Pichon, véase Vezzetti (2002). Sobre el aporte del proyecto de Bleger en los comienzos de la psicología como disciplina académica y profesional, véase Vezzetti (2004).



valoran positivamente la capacidad de haber comenzado a desplegar, en aquellas condiciones coyunturales, experiencias que posibilitaron, a través de la proliferación de prácticas clínicas y producciones teórico-técnicas novedosas, la integración de discursos del psicoanálisis, la psicología y la psiquiatría dinámica a la realidad asistencial del país (p. 70). Destacan, en el mismo sentido, la contribución al cuestionamiento de las relaciones de poder en las situaciones clínicas (Percia, 1987, pp. 77-78). No dejan de señalar, por otra parte, que aquellos planteos tendieron a desembocar en una “ilusión militante”. Cabe detenerse en esta observación, desde la cual los autores retoman la cuestión del rol del intelectual en la política – un tema privilegiado de los debates político-culturales de los años 60 – para producir desde allí una revisión, respecto de ese esquema previo, de la concepción de lo político en el campo de la clínica. Sostienen que aquellas iniciativas de ruptura habían estado marcadas por

la pérdida de cierta especificidad del discurso clínico opacado por su funcionalización como práctica política. Estas concepciones por momentos, desembocaron en una *ilusión militante*. Querían representar la acción revolucionaria dentro del psicoanálisis. Se confundió la actividad clínica con la actividad política directa (Percia, Herrera & Szyniak, 1986, p. 70, destacado en el original).<sup>10</sup>

Es entonces desde esos antecedentes y en diálogo con aquellas discusiones que se produce en *Lo Grupal* una revisión de la concepción de lo político en el campo de la clínica. Si en esos años, la “confusión” entre “el discurso político de lo público y la política” había conllevado muchas veces una renuncia a “los desarrollos singulares de cada saber en nombre de la transformación social” (Percia, 1989, p. 28), era necesario ahora pensar el problema en otros términos.

Es necesario pensar de qué forma esta dimensión de lo político-social nos atraviesa, inquieta y configura como actores sociales. Porque, como dice Foucault *es el poder dominante, la imbricación íntima y oscura y eficaz que ha modelado todas nuestras representaciones y las relaciones que establecemos con la realidad* (Percia, Herrera & Szyniak, 1986, p. 65, destacado en el original).

Sin embargo no se trataba – agregaban – de “*politizar* la acción clínica”, sino de interrogar los modos en que las subjetividades eran afectadas por esa dimensión “sin perder de vista la especificidad de sus propios discursos” (p. 65). De todos modos, como se señaló anteriormente, estos autores destacaron en algunos de los escritos de aquel contexto de

---

<sup>10</sup> La observación retoma de ese modo los términos de una discusión clave en aquellos años. Y en particular, los autores de *Lo Grupal* reponen la posición que Bleger y Pichon-Rivière habían sostenido en aquella Mesa Redonda sobre Ideología y Psicología Concreta, realizada en 1965 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. En esa oportunidad – en la que también participaron el psiquiatra Antonio Caparrós y el filósofo León Rozitchner – Bleger y Pichon-Rivière habían sostenido la importancia de no perder la autonomía del campo profesional mientras que para Caparrós el científico y el militante debían coincidir (Bleger, Caparrós, Pichón-Rivière & Rozitchner, 1969). Oscar Terán (2008) se refiere a este debate como un ejemplo entre otros tantos que da cuenta del “modo en que la política como posicionamiento y la práctica política como actitud cubrían el ámbito de las prácticas culturales” (p. 286).



producción de *Cuestionamos* (Langer y Bauleo, 1971, 1973), el mérito de haber dejado planteado el problema de considerar de qué modos la escena clínica podía reproducir las estructuras de poder vigentes. Retomaron en esa dirección ideas de Armando Bauleo (1977) y de Eduardo Pavlovsky (1971), poniendo el acento en la relación de estos autores con la problemática grupal.

Por un lado, sitúan lo que Bauleo había llamado “contraideología” como una pista que señalaba la necesidad de interrogar los “supuestos imaginarios con que operan los trabajadores del campo psi” (Percia, Herrera & Szyniak, 1986, p. 71). Para Bauleo (1977) el término contraideología trataba de “señalar la intención de elaborar una técnica a partir de supuestos en lucha con los de la ideología dominante” (p. 15).<sup>11</sup> Bauleo (1970/1982) ya había planteado la misma cuestión en *Ideología, grupo y familia* – aunque sin utilizar el término contraideología – a propósito de la posición del terapeuta en el trabajo con grupos familiares. Escribía allí que era necesario reflexionar sobre los “supuestos teóricos” conscientes e inconscientes, constituidos a través de “la formación y experiencias del terapeuta [que] a su vez configuran su ideología” y que estarían “en la base de cualquier tipo de formulación o señalamiento que sobre el grupo familiar quisiéramos efectuar” (p. 83). Esa reflexión suponía fundamentalmente interrogar desde qué concepción de salud y de enfermedad y desde qué concepción de familia trabaja el terapeuta o psicoanalista: “¿qué es una familia sana o enferma en tal o cual sociedad?”, “¿Cuándo una familia se considera a sí misma sana o enferma?” (p. 85).

Es decir, qué tipos de modelos sociales se dan de salud y enfermedad *en y de* la familia. A su vez, de qué manera ciertas estructuras sociales determinan los caracteres de normalidad en los cuales se mueve la estructura familiar, las posibles oscilaciones así como las reacciones sociales a la ruptura de aquellos caracteres (Bauleo, 1970/1980, p. 85, destacado en el original).

Desde una concepción de ciencia que cuestionaba el neutralismo como un “mito del pasado”, Bauleo (1977) daba un paso más con la noción de contraideología; señalaba que no se trataba sólo del análisis de los modos en que las prácticas clínicas podían reproducir la ideología dominante, sino de realizar desde allí un movimiento correspondiente de búsqueda de otros supuestos, técnicas y teorías para la labor clínica. Es interesante destacar en este sentido cómo se retoma en *Lo Grupal* una de sus observaciones que señalaba la presencia naturalizada, en los discursos profesionales, de una lógica de propiedad. El autor

<sup>11</sup> El texto de Bauleo (1977), *Notas para la conceptualización sobre grupos*, incluido en el libro *Contrainstitución y grupos*, publicado en México, es la comunicación presentada en el Congreso Internacional de Psicoterapia de Grupo realizado en Zurich en 1973. No puede dejar de señalarse la proximidad de esta referencia de Bauleo con los desarrollos de José Bleger que, a propósito de su propuesta de una “epistemología del psicoanálisis”, se había referido a la poca predisposición de los psicoanalistas a interrogar los supuestos – esquemas conceptuales o a priori conceptuales en términos de Bleger, que retoma a su vez de Pichon-Rivière – en los que se apoyan sus concepciones teóricas y sus prácticas (Bleger, 1958, pp. 17-25). Se lee en esas páginas de Bleger que la pregunta clave de esa interrogación era desde qué concepción de hombre (y de mundo) se sostienen las teorizaciones y las prácticas en cuestión, y en particular las del psicoanálisis.



había advertido, como una manifestación de la asimetría y el autoritarismo en la escena clínica, el uso común entre psicoanalistas, psicoterapeutas y coordinadores de grupo de expresiones como “mi grupo” o “mi paciente”. Desde su perspectiva esos modos de hablar no sólo evidenciaban pertenencia o identificación, sino que eran un índice del modo en que las prácticas clínicas reproducían un modelo social de apropiación y de dominio, en este caso bajo la forma de “saber-poder” (Percia, Herrera & Szyniak, 1986, p. 71).

En la misma dirección se inscribe lo que retoman de Pavlovsky (1971, 1973), que había situado la necesidad de diferenciar dos niveles escénicos que operan simultáneamente en una situación clínica. Por un lado, un primer nivel (escena 1) en el material de las sesiones correspondía al conjunto de producciones que “pasan por delante del terapeuta” y un segundo nivel (escena 2) con el que se aludía a aquello que involucra al terapeuta y al mismo tiempo se le escapa (Percia, Herrera & Szyniak, 1986). Pavlovsky (1971, 1973), como también Marie Langer (1971) en el prólogo de *Cuestionamos 1* que citan estos autores en *Lo Grupal*, ubicaba en la institución familiar, y en la pertenencia de clase vinculada a ella, un elemento de análisis fundamental para no perder de vista cómo la escena clínica puede reproducir las condiciones del mundo social. En ese prólogo Marie Langer (1971) escribía que lo que *cuestionaban* era que el psicoanálisis “oficial” omitiera interrogar los modos en que

la estructura de nuestra sociedad capitalista entra, a través de la familia, como cómplice en la causación de las neurosis, y en que se introduce, a través de nuestra pertenencia de clase, en nuestra práctica clínica, invade nuestro encuadre y distorsiona nuestros criterios de curación (p. 14).

Por su parte Pavlovsky (1973) sostenía, siguiendo a David Cooper, que “una familia es una fábrica de gestos sociales (una fábrica de ideología)” (p. 195).<sup>12</sup> En la clínica grupal con adolescentes encontraba una orientación para su tarea clínica en la función que Cooper (1986) había otorgado a la familia como institución social reproductora del conformismo.

El punto fundamental aquí es el papel de la familia en cuanto inductora del conformismo, la normalidad mediante la socialización del niño. *Criar a un niño* equivale en la práctica a *hundir* a una persona. De la misma manera, educar a alguien es llevarlo fuera y lejos de sí mismo (p. 13, destacado en el original).

El fragmento de Cooper que Pavlovsky (1973) retoma sitúa por un lado a la familia como lugar de reproducción del conformismo y de “normalidad”, que no hay que entender aquí en términos de salud y en oposición a enfermedad o anormalidad. Cooper planteaba una oposición, en términos de “verdad de la vida”, entre normalidad, “concepto estadístico”

---

<sup>12</sup> El texto fue publicado originalmente en *Cuestionamos 2* con el título *Los fantasmas en los grupos: la poesía en psicoterapia* (Pavlovsky, 1973). Pavlovsky lo incluye luego en el libro *Clínica grupal*, de 1975, y se publica nuevamente en *Lo Grupal 2* (Pavlovsky, 1985) con el título de *La poesía en psicoterapia*. Las páginas citadas corresponden a *Cuestionamos 2*.



por un lado (“el lastimoso destino de la mayor parte de nosotros”) y salud y locura por otro: “La normalidad está lejos, en el polo opuesto no sólo de la locura sino también de la salud. La salud está cerca de la locura, pero entre ambas subsiste siempre una brecha, una diferencia decisiva” (Cooper, 1985, p. 29). Pero no sólo eso, Pavlovsky (1973) también encuentra en ese pasaje, en el “fuera y lejos de sí mismo”, una pista para ensayar una posición clínica que advierta el riesgo de reproducir ese conformismo social que la familia – como estructura social – sostiene. Así, en relación con uno de los jóvenes a los que se refiere en ese escrito, Pavlovsky localiza un “fantasma” de *ganador* – “educado para ganar” – en el que el “sí mismo” quedaría capturado. Piensa además esa captura no como un déficit o un síntoma personal sino como un fantasma ofrecido por “la ideología de clase dominante, que intenta reproducir en todo grupo las disociaciones habituales: explotador-explotado; amo-esclavo; fuerte-débil, etcétera” (p. 206). El dramaturgo piensa los padecimientos personales como personajes asfixiantes que se apoderan de una vida, como dramas que existen en el mundo social antes de que alguien preste la existencia para encarnarlos. Escribe: “encarnamos personajes de dramas que desconocemos, somos inducidos a vivir dramas de otros. (...) Estos personajes nos habitan, nos quitan libertad, nos asfixian, son los moldes de nuestra infancia, son los gestos aprendidos sin entender...” (Pavlovsky, 1973, pp. 196-198). En esa línea de pensamiento, Pavlovsky se plantea, por último, una orientación clínica que apunte a la localización de esos fantasmas para no reproducirlos en la escena clínica y en la relación terapéutica. “No sería improbable que como agentes de la autoridad, *actuásemos nuestro Poder Terapéutico*” (p. 206, destacado en el original). Desde una concepción que sostenía, en la línea de Castel, que toda práctica es productora de ideología y que en consecuencia era ilusorio “pensar que cuando interpretamos lo hacemos desde *afuera* del drama argumental” (p. 207, destacado en el original), para Pavlovsky era oportuno preguntarse: “¿qué nueva fábrica de ideología estamos construyendo? ¿Qué nuevos valores estamos fabricando? ¿Qué nuevos fantasmas nos poseen?” (p. 207). Estas son las preguntas que para el autor era necesario sostener en relación con lo que llamó Escena 2.<sup>13</sup>

Ahora bien, ¿qué aspectos destacaban los autores de *Lo Grupal* al retomar esos planteos de la década anterior? Se trataba de destacar fundamentalmente que en ellos se leía “una convicción inscripta en los *discursos críticos: en la interpretación interviene una relación con el poder y no sólo con el saber*. La interpretación es también una técnica de poder” (Percia, Herrera & Szyniak, 1986, p. 73, destacado en el original). No era posible entonces “*simular ningún tipo de neutralidad*” (p. 73). Subrayaban que esas referencias habían abierto líneas de investigación, en el campo del psicoanálisis argentino, sobre el problema de la “violencia

<sup>13</sup> Habría que dejar situado que, junto a las ideas de Pichon-Rivière y Cooper, la corriente grupalista pensó la cuestión familiar con otras referencias como las lecturas de Horkheimer y Adorno sobre familia y sociedades autoritarias, la obra *Psicología de las masas y análisis del fascismo* de W. Reich. Lecturas a su vez afectadas por *Ideología y aparatos ideológicos de Estado* de Althusser. Por otro lado, la atención puesta en la familia desde la perspectiva clínica se nutrió no sólo de la clínica de las psicosis (Pichón, Cooper, Laing) sino también del desarrollo de la clínica con niños de Arminda Aberastury.



simbólica” (Bourdieu & Passeron, 1998) en la situación clínica. Reconocían en esos desarrollos la importancia de haber problematizado – desde el “interior” podría decirse – la figura del terapeuta y del psicoanalista como “una figura en la que se encuentra delegado el poder simbólico” (Percia, Herrera & Szyniak, 1986, p. 73). Consideraban, además, que la concepción de la interpretación como violencia simbólica no se refería a un uso inadecuado de una técnica que podría ser neutra, sino a “una actualización de las relaciones sociales de poder favorecida por el dispositivo técnico” (p. 73). Este aspecto del planteo remite sin duda a una dimensión ética, en tanto muestra la necesidad de sostener una posición de interrogación constante sobre los supuestos desde los que se piensa la tarea clínica.

### **Paradoja de *Lo Grupal*: entre la manipulación y la producción colectiva**

La posición delineada en el texto de 1986 se retoma en otros escritos en relación con la cuestión grupal. El problema de diseñar modos posibles de trabajo en situación de grupo, desde una posición clínica que no evite la pregunta por la relación de su práctica con el poder, impulsó una serie de desarrollos que problematizaron aspectos naturalizados en los abordajes grupales. En ese marco, la noción de *lo grupal* – con el artículo neutro – puso en cuestión, en primer lugar, las concepciones de grupo como equivalente de una individualidad, y la consecuente imposición de la unidad o unificación de lo múltiple. En segundo lugar y vinculado a lo anterior, se abordaron críticamente dos cuestiones fundamentales – e interconectadas – de los modelos grupales. Primero, la función del coordinador, o más precisamente, la institucionalización de la coordinación en un grupo. Un lugar asociado tradicionalmente, en las teorías grupales, a las ideas de liderazgo y de conducción. Segundo, un modo de concebir, en situaciones colectivas, la interpretación como relación con el poder y no sólo con el saber.

Un aspecto central del problema – en sintonía con la crisis del modelo de la comunicación, la interacción y la transparencia de la representación – estaba en la intención de desprenderse de modos de lectura que apelaran a representaciones unificadas del grupo, ya sea bajo la modalidad de “representación de grupo”, “esencia de lo grupal” o “sentido de grupo”. La noción de *singularidad* vinculada a lo grupal operó en ese marco como una referencia que aportaba la posibilidad de señalar un desplazamiento fundamental para la clínica: no se trataba de la búsqueda de un sentido del grupo sino de trabajar una disposición para lo que puede (o no) acontecer como *producción de subjetividad en situaciones colectivas*. Se advierte la insistencia en la propuesta de marcar una diferencia entre “la búsqueda de una esencia de lo grupal” y la pregunta por cómo pensar una “afectación singular” en la situación grupal. Se producía de ese modo un desplazamiento que apuntaba a ubicar una dimensión simbólica de poder en las situaciones clínicas. Las interpretaciones que apelaban a un sentido unificado del grupo, se piensan como un “acto de violencia sobre el conjunto”



(Percia, 1989, p. 89). La idea de *lo grupal* posibilitaba de ese modo un movimiento que trastocaba la concepción unificadora del grupo como “objeto formal”. Señalaba, a través de lo neutro, que la situación grupal interesaba como oportunidad de una producción (invención, acontecimiento) singular (Percia 1989, p. 87). En el mismo movimiento, estos planteos cuestionaron la asimilación de la cuestión grupal al modelo del grupo terapéutico para producir una apertura – o mejor, para sostener *lo abierto* – en el pensamiento sobre la problemática grupal. Se lee en ese sentido en *Lo Grupal*:

Lo grupal conserva el raro mérito de un pensamiento inacabado. Hoy sabemos que su interrogación va más allá del interés por las psicoterapias de grupo. Y que si lo grupal se desprende de la limitación de ser pensado como un recurso técnico se aproxima mejor a la cuestión de la producción subjetiva. *Lo grupal* (situado por el artículo del género neutro) indica que pasa por la problemática del sujeto, por los grupos concretos y las instituciones, sin definir en ellos su especie (Percia, 1991, p. 85).<sup>14</sup>

Ahora bien, lo interesante es destacar que esa distancia entre concebir al grupo como una supuesta unidad y concebirlo como una disponibilidad o una oportunidad – que puede o no acontecer – para una producción colectiva es pensada aquí como una tensión inherente a los *estares colectivos*. En el prólogo de *Lo Grupal* 5 (Percia & Herrera, 1987), un pasaje de *Los siete locos* de Roberto Arlt (1929/2007) sirve para plantear que el trabajo en situaciones colectivas no puede sino estar habitado por la tensión que habita el mundo social: la que existe entre las prácticas manipuladoras y los dogmatismos por un lado o la oportunidad de producción colectiva. El fragmento citado de Roberto Arlt (1929/2007), del Discurso del Astrólogo dice:

– ¿Manager de locos . . . ? Esa es la frase, quiero ser manager de locos, de los innumerables genios apócrifos, de los desequilibrados que no tienen entrada en los centros espiritistas y bolcheviques... Estos imbéciles... y yo se lo digo porque tengo experiencia... bien engañados..., lo suficientemente recalentados, son capaces de ejecutar actos que le pondrían a usted la piel de gallina. Literatos de mostrador. Inventores de barrio, profetas de parroquia, políticos de café y filósofos de centros recreativos serán la carne de cañón de nuestra sociedad (p. 194).

Los autores anotan que el pasaje de Arlt habla de “una de las series fundantes de la tensión que se trabaja en el pensamiento grupal argentino: *manager de locos / imbéciles... bien*

---

<sup>14</sup> Sirve recordar en este punto que en el enfoque desarrollado por Grinberg, Langer y Rodrigué (1957) sobre psicoterapia *del grupo* – era “el grupo” el objeto de la psicoterapia y esto era destacado por los autores como modo de legitimar su práctica –, la cura era pensada como “integración del grupo” y se sostenía allí por ejemplo que cuando el grupo progresaba, incluso los silenciosos se beneficiaban (p. 72). En un trabajo posterior dedicado a los aportes de Bion y sus derivaciones en los primeros enfoques de psicoterapia de grupo en el contexto argentino, Percia (2005) retoma este problema de la concepción del grupo como unidad y lo enfatiza utilizando la expresión “*el grupo*”. La idea logra golpear con implacable sutileza el sentido común que envuelve la cuestión de los grupos en el ámbito de las prácticas psicológicas.



*engañados*. La otra es la que se trata de elucidar ahora: *coordinación de grupos / producción colectiva*" (Percia & Herrera, 1987, p. 10, destacado en el original). Esa tensión, pensada como una de las paradojas de la problemática grupal, se aproxima a lo que Félix Guattari (1976) había esquematizado como una distinción entre grupos sometidos y grupos sujeto: los grupos se producen a la vez como mentira, engaño, falsificación, manipulación ("pluralidad de rebaño"), pero también como creación, invención, espacio de producción colectiva (Percia & Herrera 1987, pp. 9-11).<sup>15</sup>

Ahora bien, los autores apuntan a subrayar que la figura del coordinador se encuentra implicada de forma particular en esa paradoja de la problemática grupal. El coordinador puede posibilitar las condiciones de producción grupal tanto como obstaculizar ese propósito; la frontera entre esas posiciones es situada como una orilla siempre movediza o un borde impreciso (Percia & Herrera 1987, p. 11). La pregunta que retoman de Pichon-Rivière: ¿Qué coordina el coordinador? da cuenta de que se trataba de mantener esa pregunta abierta. La referencia a *lo grupal* fue, en ese marco, una apuesta por no clausurar esa pregunta. Advertir que lo grupal es problemático - sostienen - no justifica ni su rechazo, ni promover la ignorancia sobre modos posibles de trabajo en situaciones colectivas ni someterse a la repetición de esquemas validados sin problematización. Si los grupos conllevan aspectos que vuelven difícil su abordaje, la descalificación de lo grupal vuelve imposible cualquier idea de producción colectiva (p. 11).

En el centro de la crítica que realizan al lugar del coordinador ubican, como obstáculo fundamental, el problema de la interpretación: "su *preocupación por descubrir* significados en el decir en grupo" (Percia & Herrera 1987, p. 12, subrayado en el original). Hay que destacar en este punto que, en ocasión de la cuestión grupal, lo que se pone en discusión es qué concepción de interpretación se sostiene - explicitada o no - en la tarea clínica. Si lo que acontece como producción colectiva "nunca está prefigurado de antemano", no es posible anticiparse ni resulta previsible, sí puede haber un proceso de interrogación productiva de sentidos (p. 12). Interesa considerar algunas de las preguntas que se dejan planteadas y que anudan ambos problemas (la función del coordinador y los modos de pensar la interpretación): "¿Es posible la producción colectiva de un saber?" (p. 10) "¿Es posible una producción colectiva sin conducción?", ¿cómo crear condiciones para "un trabajo en el que la

---

<sup>15</sup> Esa distinción, que Guattari (1976) esquematizó provisoriamente con estos dos polos de referencia, considerados como dos posiciones en las que puede oscilar cualquier grupo, alude a formas de habitar las prácticas institucionales, a modos de enunciación, de relación con las jerarquías y las reglas, de vinculación con la representación de sí mismo como grupo, a la posibilidad de deslizamiento de sentido y al proyecto sostenido en prácticas concretas (pp. 95-96). Con estas referencias, que cuestionaban la "dinámica de grupos" y la fijeza del análisis de roles, Guattari apuntaba a pensar modos imaginarios que habitan en los grupos. Así, la expresión "grupos sujetos" nombraba la posibilidad de tomar la palabra, de enunciar algo, de cuestionar lo establecido, la apertura hacia un más allá del grupo centrado en sí mismo; "grupos sometidos" nombraba el estado de encierro del grupo en un sí mismo, la captura de las posibilidades de movimiento por el sometimiento. Éste podría tomar distintas formas, por ejemplo, organización, eficacia, prestigio, reconocimiento, o también incapacidad, no calificación, etc. (p. 97).



singularidad tiene oportunidad para manifestarse como desvío o inflexión del sujeto y lo plural como la construcción de un saber sin centros?" (p. 13).

La necesidad de replantear la cuestión de la interpretación ya había sido indicada por Juan Carlos De Brasi (1983) en un artículo dedicado a la ideología en el aprendizaje grupal.<sup>16</sup> Señalaba allí un problema que advertía en distintas corrientes dedicadas a abordajes grupales: concebir la interpretación como la tarea de captar un significado oculto y simultáneamente presente en los enunciados y en las conductas.

En este *método literal* (donde se resuelve todo el análisis de la transferencia) los códigos interpretativos siempre están en presencia. Al coordinador le basta con ejercer eficientemente el papel de un traductor. (...) Lo que se dice o se hace "significa...". Así, de manera inmediata se captura el sentido (De Brasi, 1983, p. 30, subrayado en el original).

De Brasi (1983) hacía notar, desde la referencia a los debates filosóficos sobre la interpretación, la hermenéutica y la comprensión, la necesidad de interrogar: ¿Qué es interpretar para la ciencia o la disciplina en la que operamos? Percia (1989) retoma ese problema; sostiene que no se trata de que la interpretación sea imposible, sino de distinguir entre una lectura que se supone "cierta" y un acto de lectura que se sabe tropiezo, ensayo de significación, orientación de sentido posible. No se intenta impugnar la lectura sino afirmar la lectura en la multiplicidad y en la complejidad (p. 85). Piensa el asunto con Borges. La idea de la biografía (casi) infinita de un hombre y la crítica de Borges (1952/2011) al método biográfico en un relato de *Otras inquisiciones* sirven aquí para plantear lo que se considera una condición del pensamiento clínico: la imposibilidad de cualquier "intención totalizante, lectura del todo o descubrimiento de la verdad". Borges comienza ese texto con una broma que Wilde le atribuye a Carlyle: una biografía de Miguel Ángel que no mencione las obras de Miguel Ángel. Borges escribe:

Tan compleja es la realidad, tan fragmentaria y tan simplificada la historia, que un observador omnisciente podría redactar un número indefinido, y casi infinito, de biografías de un hombre, que destacan hechos independientes y de las que tendríamos que leer muchas antes de comprender que el protagonista es el mismo. Simplifiquemos desaforadamente una vida: imaginemos que la integran trece mil hechos. Una de las hipótesis biográficas registrará la serie 11, 22, 33...; otra, la serie 9, 13, 17, 21...; otra, la serie 3, 12, 21, 30, 39... No es inconcebible una historia de los sueños de un hombre; otra, de los órganos de su cuerpo; otra, de las falacias cometidas por él; otra, de todos los momentos en que se imaginó las pirámides; otra, de su comercio con la noche y con las auroras (Borges, 1952/2011, p. 169).

---

<sup>16</sup> El escrito de De Brasi, publicado inicialmente en el segundo volumen de *Cuestionamos*, en 1973, se vuelve a publicar en *Lo Grupal 1* (De Brasi, 1983).



Percia (1989) escribe que “la paradoja le sirve a Borges para criticar cierto método biográfico que privilegia la idea de un autor sobre su obra” (p. 85). Pero también se lee en el fragmento de Borges la distancia entre la vida simplificada (reducida, capturada) en la biografía como totalidad y la vida pensada como *obrar* indefinido y casi infinito. Hombre, personalidad, persona, individuo, e incluso sujeto son nombres de esa simplificación. La idea de un observador que podría componer “un número indefinido y casi infinito de biografías de un hombre” (aunque apelando al atributo divino de omnisciencia) puede leerse también como astucia que logra escapar de la ilusión de identidad: “...tendríamos que leer muchas antes de comprender que el protagonista es el mismo” (p. 85). El fragmento de Borges sugiere no sólo que nunca se es el mismo, sino que cualquier historia supone una desafortunada simplificación de la infinita complejidad de la vida.

### Consideraciones finales

La posición que estos autores sostuvieron queda bien sintetizada en un pasaje a propósito de los trabajos de Bauleo y de Pavlovsky. En ellos – afirman – si “el analista no se disimula a sí mismo la relación que su práctica tiene con la problemática del poder” (Percia, 1989, pp. 72-73), al mismo tiempo ese reconocimiento de un lugar como agente dotado de un poder-saber no disuelve la especificidad de la tarea clínica.<sup>17</sup>

Esta actitud permite situar además algunos rasgos específicos que ellos expresaron en primer lugar como los escritores más jóvenes que participaron en la publicación *Lo Grupal*, pero también como parte de los jóvenes intelectuales de los años 80. Una posición que puede pensarse como representativa de una franja de intelectuales argentinos que en los primeros años de post-dictadura tenían entre 30 y 40 años y que habían tenido participación más o menos directa en la militancia juvenil y universitaria en los 70. Dos referencias en el artículo de 1986 acercan algunas claves que orientaban esa escritura. La primera, el epígrafe de *Respiración artificial* de Piglia (1980) al comienzo del texto: “Había llegado al más perfecto estado de desposesión al que un hombre puede aspirar: no tenía nada. (...) Pues bien ¿qué me había llevado hasta aquí?” (p. 182). La segunda, una nota a pie de página que remite, para una reflexión sobre “la situación generacional” de los autores, a un artículo de Lucas Rubinich (1985): *Retrato de una generación ausente* publicado en *Punto de Vista*. Son indicios sobre las condiciones de esa recuperación de la cultura política de izquierda de las décadas anteriores, en los años 80 posteriores al período dictatorial (1976-1983). Esas condiciones pueden sintetizarse en la sensación de fracaso y desposesión (Piglia), la decepción, el

---

<sup>17</sup> En este punto hay que subrayar la distancia de los psicoanalistas argentinos con el planteo de Castel. Para el francés, “es precisamente porque el psicoanálisis no es meramente una ideología, y todavía menos una ideología *entre otras* (...), que es un incomparable sistema *productor* de ideología (...) dado que ocasiona simultáneamente otros efectos que no son ‘ideológicos’ (efecto de conocimiento de las estructuras del inconsciente, efectos prácticos respecto del deseo y la angustia, etc.), ha podido disimularse a sí mismo y ocultar (...) este impacto sociopolítico, que sin embargo afecta cada vez más a su contenido” (Castel, 1980, p. 9).



desconcierto, la falta de certezas, la crisis de modelos teóricos, la precariedad de los espacios públicos (Rubinich); en definitiva, las ruinas de una cultura de izquierda, la de los 60, la de los grandes sueños y la de las condiciones posibles para su realización. “No estamos en ese clima – escribe Rubinich – ni por los sueños que ellos pudieron soñar, ni por la situación concreta (...) no tenemos ahora la euforia de los años de la revolución cubana, ni el psicoanálisis, ni la sociología como elementos novedosos dentro del campo intelectual, no escribimos al amparo de la luz de Sartre, ni *descubrimos* a Cortázar” (Rubinich, 1985, p. 44).

Pero la posición que ellos sostuvieron en la escritura no se reduce a la nostalgia de un tiempo perdido – aunque algunas notas puedan leerse en ese sentido – sino que aparece, en relación con ese pasado, “con la experiencia de los predecesores” a la que se refiere Rubinich, la necesidad de búsqueda de un proyecto que arrastraba, como reverberaciones de aquellos años, una fuerza crítica. Se lee en el final del epígrafe de Piglia citado en *Lo Grupal*: “la otra línea de pensamiento se dirigía digamos, hacia adelante. ¿Qué hacer? Pregunta peligrosa. Por de pronto pensar: único modo conocido por mí de no volverme loco” (Piglia, 1980, p. 183).<sup>18</sup> Al final del texto de *Lo Grupal* se retoma la pregunta de Tardewski, el personaje de Piglia: *¿qué hacer?*, para situar una posición clínica que pueda rodear el lugar de una utopía posible: pensar el diálogo clínico como una práctica social, un saber y una ética (Percia, Herrera & Szyniak, 1986, p, 77). En tiempos en los que la urgencia y lo provisorio impregnaban la vida social en la Argentina, la referencia a *lo grupal*, como búsqueda de otros modos de trabajar en situaciones colectivas, expresaba el lugar de esa utopía.

## Referencias

- AA.VV. (2005). *Nueva historia Argentina: dictadura y democracia (1976-2001)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Arlt, R. (2007). *Los siete locos* (52a reimp.). Buenos Aires: Losada. (Publicación original en 1929).
- Bauleo, A. (1982). *Ideología, grupo y familia*. México: Folios. (Publicación original en 1970).
- Bauleo, A. (1977). *Contrainstitución y grupos*. México: Fundamentos.
- Bleger, J., Caparrós, A., Pichón-Rivière, E. & Rozitchner, L. (1969). Ideología y psicología concreta. *Cuadernos de Psicología Concreta*, 1, 11-41.
- Bleger, J. (1958). *Psicoanálisis y dialéctica materialista*. Buenos Aires: Paidós.

---

<sup>18</sup> Percia recuerda algo que Juan Carlos De Brasi solía decir en esos años: “en los tiempos que vivimos, pensar bien no es lo que cuenta, pensar es lo que importa” (Percia, 1989, p. 65).



- Borges, J. L. (2011). *Otras inquisiciones*. Buenos Aires: Sudamericana. (Publicación original en 1952).
- Bourdieu, P. & Passeron, J.-C. (1998). *La reproducción: elementos para una teoría del sistema de enseñanza* (J. Melendres & M. Subirats, Trad.s). México: Laia. (Publicación original en 1970).
- Carpintero, E. & Vainer, A. (2005). *Las huellas de la memoria, tomo II: 1970-1983*. Buenos Aires: Topía.
- Castel, R. (1980). *El psicoanalismo: el orden psicoanalítico y el poder* (D. Wagner, Trad.). Buenos Aires: Siglo XXI. (Publicación original en 1973).
- Cooper, D. (1985). *Psiquiatría y antipsiquiatría* (J. Piatigorsky, Trad.). Barcelona/Buenos Aires/México: Paidós. (Publicación original en 1967).
- Cooper, D. (1986). *La muerte de la familia* (J. Alfaya, Trad.). Buenos Aires: Planeta. (Publicación original en 1971).
- Dagfal, D. (2013). *Breve historia de la psicología en la Argentina (1896-1976)*. (Disponible en Departamento de Publicaciones de la Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina).
- Danziger, K. (2007). *La estructura social de la experimentación en Psicología* [traducción del cap. 4 de Constructing the subject: historical origins of psychological research] (E. Giribaldi, Trad.). (Disponible en Departamento de Publicaciones de la Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina). (Publicación original en 1990).
- De Brasi, J. C. (1983). Algunas consideraciones sobre la formación de ideologías en el aprendizaje grupal. En E. Pavlovsky (Org.). *Lo Grupal 1* (pp. 21-40). Buenos Aires: Búsqueda. (Publicación original en 1973).
- De Brasi, J. C. (1986). Prólogo. En E. Pavlovsky (Org.). *Lo Grupal 3* (pp. 9-11). Buenos Aires: Búsqueda.
- Deleule, D. (1972). *La psicología, mito científico* (N. Pérez Lara & R. García, Trad.s). Barcelona: Anagrama. (Publicación original en 1969).
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1995) *El Antiedipo: capitalismo y esquizofrenia* (F. Monge, Trad.). Buenos Aires: Paidós. (Publicación original en 1972).
- Grinberg, L., Langer, M. & Rodrigué, E. (1957). *Psicoterapia del grupo*. Buenos Aires: Paidós.
- Guattari, F. (1976). *Psicoanálisis y transversalidad: crítica psicoanalítica de las instituciones* (F. H. Azcurra, Trad.). Buenos Aires: Siglo XXI. (Publicación original en 1972).
- Langer, M. (1971). Prólogo. En M. Langer & A. Bauleo (Org.s). *Cuestionamos 1: documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis* (pp. 13-21) Buenos Aires: Granica.



- Langer, M. & Bauleo, A. (Org.s). (1971). *Cuestionamos 1: documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis*. Buenos Aires: Granica.
- Langer, M. & Bauleo, A. (Org.s). (1973). *Cuestionamos 2: psicoanálisis institucional y psicoanálisis sin institución*. Buenos Aires: Granica.
- Pavlovsky, E. (1971). La crisis del terapeuta. En M. Langer & A. Bauleo (Org.s). *Cuestionamos 1: documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis* (pp. 237-249). Buenos Aires: Granica.
- Pavlovsky, E. (1973). Los fantasmas en los grupos: la poesía en psicoterapia. En M. Langer & A. Bauleo (Org.s). *Cuestionamos 2: psicoanálisis institucional y psicoanálisis sin institución* (pp. 181-207). Buenos Aires: Granica.
- Pavlovsky, E. (1983a). Lo fantasmático social y lo imaginario grupal. En E. Pavlovsky (Org.). *Lo Grupal 1* (pp. 41-50). Buenos Aires: Búsqueda.
- Pavlovsky, E. (1983b). Prólogo. En E. Pavlovsky (Org.). *Lo Grupal 1* (pp. 6-9). Buenos Aires: Búsqueda.
- Pavlovsky, E. (1985). La poesía en psicoterapia. En E. Pavlovsky (Org.). *Lo Grupal 2* (pp. 133-152). Buenos Aires: Búsqueda.
- Percia, M. (1989). Introducción al pensamiento grupalista en la Argentina y algunos de sus problemas actuales. En E. Pavlovsky, H. Kesselman, G. Baremlitt & J. C. De Brasi (Org.s.). *Lo Grupal 7* (pp. 65-95). Buenos Aires: Búsqueda.
- Percia, M. (1991). Hablar y escuchar en situaciones de grupo (problemas del cálculo subjetivo). En E. Pavlovsky, J. C. De Brasi & H. Kesselman (Org.s.). *Lo Grupal 9* (pp. 85-93). Buenos Aires: Búsqueda.
- Percia, M. (2005). Instalación política de los grupos (decepciones de Bion). *Revista de la AAPPG*, 28, 191-232.
- Percia, M. & Herrera, L. (1987). Prólogo: logos en pro de lo grupal. En E. Pavlovsky, H. Kesselman, G. Baremlitt & J. C. De Brasi (Org.s.). *Lo Grupal 5* (pp. 9-16). Buenos Aires: Búsqueda.
- Percia, M., Herrera, L. & Szyniak, D. (1986). Clínica y política: un lugar para la ética en salud mental. En E. Pavlovsky (Org.). En E. Pavlovsky (Org.). *Lo Grupal 3* (pp. 55-77). Buenos Aires: Búsqueda.
- Piglia, R. (1980). *Respiración artificial*. Barcelona: Anagrama.
- Rose, N. (2004). Introducción, La psicología de guerra y Los grupos en la guerra [traducción de fragmentos escogidos de *Governing the soul*] (L. García, Trad.). (Disponible en



Departamento de Publicaciones de la Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina). (Publicación original en 1990).

Rubinich, L. (1985). Retrato de una generación ausente. *Punto de Vista*, 23, 44-46.

Terán, O. (2008). *Historia de las ideas en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Vezzetti, H. (1996). Los estudios históricos de la psicología en la Argentina. *Cuadernos Argentinos de Historia de la Psicología*, 2(1/2), 79-93

Vezzetti, H. (2002). Enrique Pichon Rivière, el vínculo y la Gestalt. *Anuario de Investigaciones*, 10, 443-449.

Vezzetti, H. (2004). Los comienzos de la psicología como disciplina universitaria y profesional: debates, herencias y proyecciones sobre la sociedad. En F. Neiburg & M. Plotkin (Org.s). *Intelectuales y expertos.: la constitución del conocimiento social en la Argentina* (pp. 293-326). Quilmes: Paidós.

Vezzetti, H. (2007). Historias de la psicología: problemas, funciones, objetivos. *Revista de Historia de la Psicología*, 28(1), 147-166.

Zito Lema, V. (1976). *Conversaciones con Enrique Pichon Rivière sobre el arte y la locura*. Buenos Aires: Cinco, 1990.

### Nota sobre la autora

Gabriela Victoria Cardaci es Licenciada en Psicología, UBA. Becaria Doctoral UBACyT, Facultad de Psicología, UBA. Tesista de la Maestría en Estudios Interdisciplinarios de la subjetividad, FFyL-UBA. Docente de Teoría y Técnica de Grupos, Cátedra 2 y de Historia de la Psicología, Cátedra 1, Facultad de Psicología, UBA. Integrante del Proyecto UBACyT 2014-2017: "Circulación, recepción y transformación de saberes de la psicología, psiquiatría y psicoanálisis en la Argentina (1900-1993)", dirigido por la Dra. Florencia Macchioli y codirigido por el Dr. Luciano García, Instituto de Investigaciones, Facultad de Psicología, UBA. E-mail: gabriela.cardaci@gmail.com

Data de recebimento: 09/02/2015

Data de aceite: 13/11/2015